

Artículo realizado en el marco del convenio de otorgamiento de beca de posgrado celebrado con la becaria traductora pública Maitén Vargas

SOBRE LA IMPORTANCIA DE FORMARSE COMO CORRECTOR O LO QUE EL AÑO EN LA FUNDACIÓN *LITTERAE* ME DEJÓ



| Por la Trad. Públ. Maitén Vargas

Comienzo a escribir estas líneas y tengo miedo de cada palabra que elijo, por la responsabilidad que implica. Me han encomendado un artículo para esta revista después de haber pasado un año como becaria del CTPCBA en la carrera de Corrector Internacional de Textos en Lengua Española, que dicta la Fundación *Litterae*. Digo que tengo miedo porque llevo ya seis años trabajando como traductora y unos cuantos más dentro de instituciones académicas, como alumna y docente, y aún siento que algunos títulos me quedan grandes y que ya debería saberlo todo y hacerlo todo bien. El miedo se debe, en parte, a la duda, un estado casi constante en el oficio del traductor, pero al que también le estoy muy agradecida, pues intuyo que allí reside la brújula que ha marcado mi camino profesional. En esta breve nota, espero poder compartir cómo la duda me motivó a estudiar corrección, lo que me dejó

Una colega nos cuenta la experiencia de haber realizado la carrera de Corrector Internacional de Textos en Lengua Española. El estudio de la lengua y sus usos fueron el eje de una pasión académica que gira alrededor de la riqueza de la lengua española.

mi primer año en *Litterae*, por qué creo que es importante que los traductores estudiemos en serio nuestra lengua materna y cuáles son las certezas que ahora tengo, aunque alguna que otra duda persista.

Cuando ingresé en el Traductorado Público de la Universidad Nacional de Córdoba, mis conocimientos de lengua española se limitaban a los que había aprendido en la secundaria. Se imaginarán que no eran suficientes para un primer año universitario, y la solución fue tomar clases particulares para no quedarme a mitad de camino. Apenas cursé dos o tres materias anuales en toda la carrera, es decir, casi nada para saber escribir y traducir bien. Cuando me recibí, todavía no era muy consciente de los baches que tenía mi formación. Además, una vez recibida, me fui a vivir un año a Francia, así que, al tiempo de haber comenzado a trabajar, empecé a darme cuenta de que muchas veces ya no sabía qué era correcto en qué idioma, si calcaba, si usaba

galicismos. Pero, sobre todo, dudaba de mi castellano.

Al mismo tiempo, sabía que debía seguir formándome, pero no sabía bien qué estudiar. No tenía sentido que hiciera cualquier cosa para saciar las expectativas propias y ajenas, pero tampoco tenía en claro por dónde continuar. Recién en 2015 tuve una pista gracias a un cliente que, después de unos encargos de traducción, me propuso ser *copy-editor* de todo el material con el que trabajaba dando capacitaciones en América Central. Acepté la tarea, pero me di cuenta de que corregir era mucho más difícil de lo que pensaba. Me tentaba reescribir los textos completos, no sabía si algunas estructuras eran propias de la variante o estaban mal. ¿Cuánta mano debía meter en ellos? ¿Existía la corrección de estilo? ¿Cuál sería el estilo correcto? Había asumido un compromiso y tenía que hacerlo bien.

Creo que la duda y la curiosidad van de la mano, así que comencé a bucear en artículos de la Fundéu, consulté

el *Diccionario panhispánico de dudas* y conseguí la *Nueva gramática de la lengua española* y la *Ortografía*. Sin embargo, tanto recurso sin saber cómo buscar o qué criterio de selección usar para la información recabada es lo mismo que nada. Y, claro, buscando bibliografía, me crucé con Alicia María Zorrilla, a quien no hace falta ni que presente porque es nuestra «estrella» de la normativa. Conseguí que me prestaran parte de su colección Biblioteca del Traductor, una joya por la cantidad de temas que abarca y que jamás verán en una carrera de traducción. Sin embargo, tenía dudas que no estaban en los ejemplos de la doctora Zorrilla. Necesitaba que me respondieran de inmediato preguntas que me surgían a diario y compartir la incertidumbre con otros, como quien busca empatía en un grupo de contención. Una vez que me di cuenta de que sola no podía sentarme a estudiar y a repasar lengua española y de que, si lo hacía, también podían surgir nuevas oportunidades, me inscribí en la *Fundación Litterae*.

Esa decisión fue un antes y un después en mi vida profesional. Llegué sin saber los criterios para el uso de las distintas comillas o cuándo usar comillas y cuándo cursiva. Tampoco me había percatado de que la coma tenía sesenta y cuatro usos. Nunca me había preguntado sobre el régimen preposicional de algunos verbos porque suponía que eso solo era difícil en inglés, hasta que en un ejercicio de opciones múltiples, de veinticinco oraciones para completar, cuatro respondí mal. Una vergüenza, debo admitir. No me había

puesto a pensar en que, en muchos casos, los verbos anticipan la preposición que los acompaña, como en *discrepar de* o *entrar en*. Jamás había estudiado las convenciones para citar en notas al pie o para una bibliografía. No hablemos del uso de mayúsculas según la norma argentina y la panhispánica; cuando pensaba que ya entendía todo, aparecieron las diferencias entre ambas. Podría seguir enumerando infinidad de aprendizajes, pero sería casi como contar el final de una película. Lo importante fue caer en la cuenta de que, si pasamos años estudiando un idioma extranjero, deberíamos pasar años estudiando en profundidad el idioma materno.

Además, fue una experiencia personal muy enriquecedora y, hasta me animo a decir, terapéutica. No es novedad lo que diré: los traductores estamos bastante solos en el día a día, más allá de que trabajemos en equipo a través de internet. No hay nada como compartir un mate o una charla con colegas en persona y apoyarnos en una risa cómplice o un llanto desesperado. También fue una grata sorpresa encontrarme con compañeros periodistas, abogados, comunicadores sociales, que aportaron desde sus profesiones otros ejemplos y dudas interesantes. Creamos un foro de consulta que funcionó casi las veinticuatro horas; compartimos hallazgos, materiales, información sobre cursos; y, a veces, comimos *pizza* en La Americana y hablamos de nuestras vidas. En tiempos de mezquindad e individualismo, fue importante sentirme parte de una comunidad y corroborar que el aula es un lugar del

que todos nos llevamos algo. Sé que cuento con mis compañeros todavía, aunque haya puesto en pausa la cursada. De eso no dudo.

Ya sabemos que con la carrera de grado no alcanza y que, en un mundo competitivo e hiperespecializado, debemos continuar formándonos. También sabemos que seguir estudiando ayuda a entrenar y a estimular el cerebro. Poco nos dicen sobre la importancia de hacer algo que responda a una necesidad real, no solo a juntar papeles. Estudiar corrección me hizo dudar más de todo lo que leo, traduzco y escribo, porque saber me volvió más consciente de la responsabilidad de escribir y comunicar bien. La duda es quizás la única certeza para el traductor y, muchas veces, da lugar al asombro, algo fundamental para seguir enamorado de lo que uno hace. Tuve muchos momentos en los que me dije en silencio: «Eureka», y esa adrenalina de quien descubre algo nuevo me reconectó con el entusiasmo que sentía en mis años de estudiante en Córdoba. Haberme tomado en serio mi lengua materna fue un poco valorar la casa propia, de donde vengo y, en definitiva, quien soy. Debería dedicar un artículo completo a los docentes que tuve, pero no me alcanzan los caracteres. Si les interesó algo de lo que he dicho, vayan y anótense en la carrera de Corrector Internacional de Textos en Lengua Española. No tengo ninguna duda en recomendarla. ■